Verdades y farsas.-

 “Si sucede, lo contamos, no opinamos”. El sujeto de aspecto corpulento lo dice con una gran sonrisa de auto aprobación, al tiempo que con su dedo índice hace una tajante señal negativa para reforzar la conclusión que obviamente busca resaltar: no opinar, equivalente a no pensar. Cabe advertir que la oración consta de tres proposiciones: una condicional, otra afirmativa, y la tercera ya referida, todo esto en una especie de ascenso gravitacional. Por último, a manera de anti estrofas en un drama de Esquilo, se escucha: “La verdad nos hace libres e independientes”. En una entrevista en un noticiero internacional sobre las pérdidas económicas en diarios oficiales dirigidos desde la Presidencia de la República, un funcionario del Ecuador manifestó en forma reiterada su interés de “que se sepa la verdad”, para luego concluir en tono heroico: “Siempre que pueda publicar la verdad, estaré allí”. ¿Qué podríamos decir sobre estos adalides de la verdad? En primer lugar, surge una pregunta de cajón: ¿cuál verdad? Por supuesto que ellos se refieren a la verdad oficial que se impone desde arriba, pero nosotros, educados en la pluralidad, sabemos que pueden coexistir tantas verdades como puntos de vista tienen las personas y que, en consecuencia, cualquier asunto complejo merece un análisis, es decir, separar los componentes más simples para facilitar su estudio y poder opinar. ¿Por qué esta animadversión al derecho y necesidad de opinar? Fácil, los gobiernos autoritarios necesitan copar el mayor espacio posible para divulgar su propia verdad, por eso se llaman totalitarismos; en cambio, los gobiernos con separación de poderes que no buscan su permanencia indefinida, y en donde la alternancia es una obligación cívica, solo necesitan un mínimo de verdad oficial, salvo la libre opinión pública. ¿Por qué esta variación entre máximos y mínimos de verdad oficial? En el primer caso, la estabilidad radica en el dogma, mientras en el segundo, radica en las instituciones. “En el estado salvaje los seres humanos habrían perdido sus costumbres, sus instituciones y su lenguaje. La incapacidad para comunicarse y para dominar sus impulsos corporales habría transformado a los seres humanos en ‘bestioni’ (…) Un cuerpo cuasi animal sometido a estímulos”. Estas palabras corresponden a un comentario de la célebre obra de Vico: “Ciencia nueva”, en donde el progreso se define por avances y retrocesos. Luego de esta digresión, volvamos a lo nuestro: ¿por qué países carentes de divisas para importar alimentos adquieren nuevos medios de comunicación? ¿Por qué medios oficiales trabajan a pérdida y no los venden? La respuesta es simple: en estos gobiernos ‘contra natura’ el dogma vale más que el hambre del pueblo, y esta es la pista a seguir con respecto a los nuevos impuestos, por ejemplo, a la “comida chatarra”. Si de verdad les importara la silueta de las personas, deberían prohibir los platos típicos de este país, a base de carne de puerco y carbohidratos.

 Con este preámbulo revisemos aquel incidente del funcionario venezolano arrestado en Aruba por pedido de los EE.UU. y que terminó en tremendo chasco para quienes esperaban conocer la verdad por boca del acusado ante un tribunal probo. ¿Qué sucedió realmente? Este asunto se difuminó en una serie de pequeñas noticias a nivel de chismes de barrio, nada que ver con la seriedad de un asunto de semejante importancia, porque estaban de por medio delitos tan graves como el tráfico de drogas y la asociación con terroristas. ¿Qué verdad se esconde detrás de aquella ominosa claudicación? Nosotros no creemos en las amenazas de bloqueo o el pago de sobornos o los intereses de la Shell o el temor de Holanda a salpicarse con algo que dañara su estatus de sede de la Corte Penal Internacional de la Haya. ¡Dos elefantes, mal balanceados, se asustaron de una araña!; suena a comedia musical al estilo de Broadway, ¿no es verdad? Y para colmo de males hasta perdieron credibilidad; al final cayeron entre la irresponsabilidad y la tontería. ¿Y quiénes ganaron? Los que irrespetan los derechos humanos, mientras que el “Abel” de América del Sur, es decir, los que defienden las libertades continúan presos. Otra gran oportunidad perdida en esta región. Frente a esto la entrega de aquellos jóvenes a la policía venezolana solo podría explicarse con la frase: “el diablo es cochino”. Es una lástima que Colombia rompa con su elegante tradición de brindar asilo a los perseguidos políticos. ¿A cambió de qué? Sacrificar valores por algunos contratitos pone su corazón muy bajo, casi como el de aquellas cortesanas que primero cobran su estipendio. ¡Ah! Y tampoco es justificación los rumores a destiempo sobre su activismo. ¿Por qué no?

 El presidente de Ecuador perdió las alcaldías de las principales ciudades en una lid electoral con todas las bazas a su favor. Nuestra tesis es que él nunca aceptará esta derrota y que utilizará todos los medios a su alcance – que son muchos – para recuperarlas; así las cosas, en el camino se le presentó una brillante oportunidad; en realidad nunca sabremos si fue primero el huevo o la gallina; empero, la cuestión de fondo es que en medio de un galimatías legal con flagrantes contradicciones, presiona para transferir a los municipios el control y regulación del transporte público urbano, asunto que en buen romance significa el incremento de los pasajes, algo que todos sus usuarios siempre han repudiado y que tiene un alto costo político. Como antecedente, es menester referirnos a la inmovilidad de las tarifas en los últimos diez años y que este Gobierno consiguió mediante una hábil mezcla de dádivas y mano dura; entre las primeras, se creó una intrincada urdimbre de subvenciones estatales, y entre lo segundo, el temor a la estatización y a las severas sanciones previstas en la ley. Es claro que este asunto va más allá de una transferencia de obligaciones, pues los medios afines al Gobierno han adelantado una imprudente campaña de desprestigio en contra del Alcalde de Quito, asumiendo que subirá el precio de los pasajes y llamando a la ciudadanía para que lo rechace; es decir, a la desobediencia civil. El meollo de este asunto podríamos resumirlo así: “usted tiene que subir los pasajes, porque si no lo hace corre el riesgo de ser destituido por el tribunal constitucional; pero si lo hace perderá el apoyo de la ciudadanía y será defenestrado”. En una reciente manifestación gestada antes de estos últimos sucesos, los estudiantes se sumaron a las protestas, junto a los trabajadores y a otros grupos descontentos que, hay que decirlo, van en aumento. La reacción del pueblo es previsible: si suben los pasajes, sin importar de donde provenga la orden, habrá protestas. ¿A quién le toca reprimir: al municipio o al Gobierno central? ¿Quién tiene a su cargo la seguridad interna y el manejo de todas las fuerzas armadas? Al final, solo tienen dos opciones; o ponen orden antes de que las cosas se agraven o derogan el incremento, volviendo a fojas cero en materia fiscal, aunque en el ínterin podrían “ganar” con la destitución del Alcalde; sin embargo, las cosas no son tan fáciles. El Presidente no va a quedar como un héroe, ni el Alcalde quedará como un canalla, porque el pueblo ya no traga ruedas de molino. Nosotros creemos que de toda esta mefistofélica trama, el más afectado resultaría el Presidente.

 El año 2015 va a ser muy difícil, concepto que significa inestabilidad, por cuestiones económicas y políticas: el petróleo tiende a la baja en precios y en reservas, las hidroeléctricas están atrasadas, la minería camina a paso de tortuga, y los préstamos escasean; en cuanto a alianzas internacionales, su principal socio se precipita en caída libre y el que va asido a su mano (por el suministro de petróleo) también se estrellará, mientras los otros tienen demasiados problemas internos para preocuparse de cosas ajenas. En estas circunstancias, semejante proclama podría resultar un suicidio; es que el pueblo en su vorágine no va a entender que sus límites deben circunscribirse a una alcaldía. Es cierto que Correa todavía tiene gente que le ama, pero también hay miles de familias que han sido maltratadas, y si nos atenemos a la famosa metáfora de Platón sobre la carroza, el caballo negro siempre es más fuerte. La desobediencia civil podría convertirse en su entierro y hay muchas razones para que este concepto se generalice; entonces a los trabajadores se sumarían los estudiantes, las amas de casa, y los movimientos indígenas que esperan el momento preciso para su “levantamiento”, ellos desde los tiempos coloniales saben que las mejores presas son los heridos y derrotados. Sin embargo, lo más devastador sería una huelga de brazos caídos, al estilo de Gandhi. ¿De qué otra forma podía derrotar al imperio británico? Cabe añadir que los sicólogos han advertido que el más dañino en la vida de pareja es el comportamiento indiferente en todos sus matices.

 Es oportuno mencionar que nosotros, en un principio, creímos que el actual Gobierno fracasaría en forma rotunda, por su imagen populista y comunista, pero con el transcurso del tiempo (casi 8 años), debemos reconocer que ha tenido cosas buenas, cosas muy buenas y también cosas muy malas, entonces el calificativo más adecuado podría ser polémico, pero nunca, mediocre. Sin embargo, el juicio de la historia se dirime en una balanza en donde el saldo es lo que cuenta. A estas alturas y con el desgaste propio del más alto magisterio, lo que menos le conviene es polarizar aún más a la sociedad; al contrario, debería intentar terminar su tercer período con un Gobierno de unidad nacional. En un hipotético escenario de peligrosa confrontación, sus más favorecidos partidarios se pondrían a buen recaudo, mientras que los que no tienen mucho que perder atacarían hasta el final. ¿Qué sucedería con las fuerzas armadas y policiales? Todos sabemos que cumplirían con su deber hasta un cierto límite y no arriesgarían su carrera con delitos que no prescriben jamás. Aquello de “mefistofélico” es un eufemismo; en realidad en esa intriga solo hay maliciosa ingenuidad, nada que ver con el maestro; empero, vale recordar que Fausto siempre tiene las de perder, y cuando se arrepiente ya es tarde.

 Permítannos un pequeño añadido: olvídese de las gigantescas obras que no tienen futuro y más bien concéntrese en el Metro para Quito, nos hará un gran bien.

Carlos Donoso G.

Septiembre de 2014